



Leonard Cohen
y el zen

Alberto Manzano

Luciérnaga

Alberto Manzano

Leonard
Cohen
y el zen



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto y de las imágenes: Alberto Manzano

© de la imagen de cubierta: Jordi Esteva

Nos hemos esforzado por confirmar y contactar con la fuente y/o el poseedor del copyright de cada foto y la editorial pide disculpas si se ha producido algún error no premeditado u omisión, en cuyo caso se corregiría en futuras ediciones de este libro.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: abril de 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-17371-04-3

Depósito legal: B-4.037-2018

Impreso en España— *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

SUMARIO

<i>Prólogo</i>	9
--------------------------	---

I

Joshu Sasaki Roshi	15
La raíz del grito	24
Cienciología	30
Matrimonio y guerra	38
Vocabulario judeo-cristiano	43
Nueva piel para la vieja ceremonia	62
Eros y Tánatos	70
La muerte de un mujeriego	85

II

Un hospital para los descorazonados	95
<i>Libro de misericordia</i>	115
Aleluya	128
Soy tu hombre	144

III

Mount Baldy	169
Bombay	189
El <i>satori</i>	196
La gloria de la mañana	215

<i>Libro del anhelo</i>	227
Viejas ideas	245
Aquí estoy	256
<i>Bibliografía</i>	281
<i>Índice onomástico</i>	285

JOSHU SASAKI ROSHI

A mediados de 1993, una vez concluida la gira de presentación del disco «The Future», Leonard no encontró ningún motivo para seguir en Los Ángeles. Desde hacía mucho tiempo incubaba la idea de despedirse del mundo de la música: detestaba llevar una vida imperiosa que nunca hubiera elegido, y se sentía frustrado por no poder disfrutar del éxito que le había dado su trabajo. Además, después de tres años de relación amorosa con la actriz Rebecca De Mornay, había decidido ponerle punto final. Por más empeño que pusiera, comprendió su incapacidad para comprometerse con ella, ser un buen esposo y formar una familia. Estaba destrozado, había bebido como un cosaco durante la gira, se sentía atenazado por una profunda depresión y todos sus planes para gobernar el mundo habían fracasado. Entonces hizo las maletas, cogió su Pathfinder y se dirigió al monasterio budista de Mount Baldy.

No era la primera vez que Leonard se mostraba inseguro sobre su trabajo, inhábil de mantener una relación con una mujer e inmovilizado por una depresión. Era la historia de su vida. Eran sus cadenas, su pozo y su dramático paisaje. Demasiadas veces había cruzado ese puente que lo conducía siempre a la misma encerrona cíclica: su mente le decía una y otra vez que no tenía que volver a perder lo que ya había perdido. Sin embargo, en esta ocasión no estaba dispuesto a meter la cabeza bajo el ala ahuecada. Iba a coger la bestia

por los cuernos, darle una vuelta por los aires y lanzarla a la estratosfera. La decisión de abandonar el curso del mundo era rotunda. Y en su cabeza solo conocía un lugar donde retirarse y encontrar un poco de paz y silencio: el monasterio budista de Mount Baldy, junto a su viejo maestro japonés y querido amigo Joshu Sasaki Roshi.

En 1988, durante una entrevista que mantuve con el bardo canadiense, sabedor de su secretaría en los asuntos de Roshi y su implicación económica y personal en el monasterio de Mount Baldy, le pregunté si ya se había hecho monje. Me contestó: «Llegó un momento en que creí que no podía tener relaciones con una mujer, con un amigo, o con el público, incluso en los términos de una carrera o profesión. Pensé que me estaba derrumbando, pero ¿por qué me estaba derrumbando? Había algo que tenía que proteger, una imagen de mí mismo, y daba igual qué clase de imagen fuera, la de un tipo agradable, un tipo simpático, un tipo religioso, un tipo compasivo, un tipo inteligente, un tipo guapo; cualquiera que fuera la imagen que tuviera que proteger, que tuviera que defender, me hacía sentir desgraciado, y cuanto más desgraciado me sentía, más apartado me sentía de todo. Yo tenía una carrera, era cantante, así que siempre me dije: “Escribe algunas canciones que le gusten a la gente y sé un cantante”. Pero también tenía grandes ideas que no podía llevar a cabo, y no podía vivir con eso. Así que pensé seriamente en dejarlo todo e ir a un monasterio, aunque no fuera una solución, eso ya lo sabía entonces, porque la vida en un monasterio es muy abrasiva. De hecho, es lo que dice la tradición zen: los monjes se pulen unos a otros como guijarros dentro de una bolsa, eliminando sus cantos por el contacto mutuo. Así que en realidad no hay refugio en un monasterio, pero mantenemos vivo el mito de que eso es la soledad, de que puedes hablar con Dios en el desierto. Pero eso no es un monasterio, sino todo lo con-

trario. Tienes que estar dispuesto a hablar con Dios mientras compartes tu habitación con otra persona, y te lavas en la ducha con otra persona, y trabajas con otra persona, comes con otra persona y, en definitiva, nunca estás solo. Así pues, fue defendiendo todas esas imágenes que el esfuerzo se hizo demasiado grande y me derrumbé, ya no podía seguir adelante, y decidí retirarme al monasterio budista de Roshi».

Aunque Leonard llevaba más de veinte años practicando la meditación zen, el resultado no le había proporcionado la paz interior que anhelaba. Estaba harto de ser el cantante Leonard Cohen y, con un estado de ánimo que lo arrastraba por los suelos para después lanzarlo contra la pared, sabía que, para salir de aquel atolladero, necesitaba una autorreforma completa. Cinco años después de nuestra conversación, ya no habría vuelta atrás. En 1993, Leonard llegó a Mount Baldy para quedarse.

La relación de Leonard con el budismo zen había empezado en 1972, cuando una nueva crisis depresiva —probablemente heredada de su madre, Masha, que acabaría internada en una sala psiquiátrica del Instituto Allen Memorial de Montreal— lo estaba exprimiendo. Hasta entonces, la depresión había funcionado perfectamente como uno de los principales motores de su obra poético-musical, pero se había convertido en una caótica espiral de sufrimiento en la que Leonard caía demasiado a menudo: «Vives con la depresión como si fuera un amigo, sabiendo que si cometes demasiados errores, ese amigo se te echará encima», confesaría «el depresivo no químico más poderoso del mundo», como había sido calificado por una prestigiosa revista musical británica tras la publicación de su disco «Songs Of Love And Hate» en 1971, que apuntillaba: «Con los discos de Leonard Cohen deberían regalar cuchillas de afeitarse, porque es una música para cortarse las venas». Sin

embargo, el poeta herido siguió argumentando sobre la depresión: «No es algo que sea objetivo, es más como una sombra con la que vives y que nunca desaparece, así que empiezas a moverte de cierto modo para evitar que te aplaste. Supongo que es como vivir con un eczema, una enfermedad cutánea: si comes cosas inapropiadas, la piel se enrojece, se hincha, hasta el punto de que eres incapaz de moverte, incapaz de sentarte e incapaz de acostarte. Y así funciona con la depresión. Si absorbes lo inapropiado, te sientes demasiado incómodo como para continuar».

Durante la misma entrevista que mantuve con Leonard le pregunté si se identificaba con la imagen de un peregrino en un paisaje de sufrimiento. Me respondió: «La literatura sobre la depresión indica que es cíclica y que si no acaba contigo en esos momentos, saldrás adelante. Lo único que se puede decir a su favor es que cuando llega el siguiente ciclo tienes un poco de perspectiva. Sientes que puede haber una luz al final del túnel. Pero mucha gente no sale adelante, y ahora nos estamos ganando el prestigio que tuvo el alcoholismo hace unos años. Pero no es como ese tío al que no puedes sacar de la barra del bar ni a rastras. La depresión no está solo en la mente, está en el cuerpo; cada célula se cierra. Los neurotransmisores no centellean. Cuando la máquina se estropea, te paras».

Yo no me suicidé
 cuando las cosas me fueron mal
 No me metí
 en las drogas ni en la enseñanza
 Intenté dormir
 pero cuando no pude dormir
 Aprendí a escribir
 Aprendí a escribir
 cosas que pudieran ser leídas

en noches como esta
por alguien como yo.

Fragmento de «The Only Poem»
(«El único poema»), del libro *The Energy Of Slaves*
(*La energía de los esclavos*), 1972

Leonard entró en contacto con el budismo zen a través de su amigo Steve Sanfield, a quien había conocido en la isla griega de Hidra, una especie de Saint-Tropez turístico-cultural en la década de los sesenta, donde el entonces poeta y novelista canadiense estableció su residencia desde 1961 hasta 1966, año en que se trasladó a Nueva York para grabar su primer disco, «Songs of Leonard Cohen». Antes, en aquella isla argólica, calificada por Henry Miller en su libro *El coloso de Marusi* (1941) como «una pauta en la partitura musical de la Creación», un grupo de amigos expatriados y bohemios llegados de todas partes del mundo, integrado por Leonard, Steve Sanfield —poeta enamorado de la poesía japonesa (*haiku*), la mística y el LSD—, el escritor noruego Axel Jensen —casado con Marianne Ihlen, que pronto se convertiría en compañera de Leonard— y George Lialios —miembro de una distinguida familia de Patras y estudiante de música concreta en Colonia—, había empezado a examinar diferentes caminos espirituales a través del budismo, el *Libro tibetano de los muertos* (s. VIII), el *Libro de las Revelaciones*, también conocido como *Apocalipsis de San Juan* (el último libro del Nuevo Testamento), y *El Libro de los Cambios* (*I Ching*, 1200 a. C.), en una época que sería recordada por los miembros de aquella cofradía contumaz como «los viejos días de sexo esotérico». En 1966, antes de abandonar Hidra, Leonard evocaba a su amigo Steve Sanfield, quien, ávido de experiencias místicas, había

abandonado el círculo de contertulios espirituales para recorrer el mundo, en el poema «I See You On A Greek Mattress» («Te veo en un colchón griego»), incluido en su libro *Parasites Of Heaven (Parásitos del cielo)*:¹

Te veo en un colchón griego
leyendo *El Libro de los Cambios*,
azúcar libanés en el aire.
En la pared encalada veo
cómo levantas otro hexagrama
para la vieja pregunta de siempre:
¿cómo ser libre?
Te veo limpiando tu pipa
con la horquilla
de la noche inocente de alguien.
Veo el Mal de Ojo de plástico
prendido a tu ropa interior.
Una vez más tiras las monedas,
una vez más lees
cómo las piezas del mundo
han cambiado en torno a tu pregunta.
¿Llegaste a los Himalayas?
¿Visitaste a aquel monje de New Jersey?
Nunca respondí a tus cartas.
Oh, Steve, ¿me recuerdas?

Steve Sanfield llevaba tres años practicando zen y viviendo con el maestro japonés Joshu Sasaki Roshi en el garaje de una casa que pertenecía al doctor Robert Harmon y a Gladys Weisbart, ambos miembros del Joshu Zen Temple en Little Tokyo (Los Ángeles) y, posteriormente, en una pe-

1. Traducido al español con el título *Parásitos del paraíso*, Madrid, Visor Libros, reedición 2011.

queña casa situada en la calle Mariposa de Gardena que el doctor Harmon había alquilado para ellos en un barrio periférico y barato de Los Ángeles. La casa era la residencia de Roshi y Sanfield durante el día y un *zendo* (centro de meditación) por la noche.

En 1969, Steve Sanfield llegó a Nueva York con el fin de recaudar fondos para construir un monasterio zen en Mount Baldy, que había sido un campamento de *boy-scouts* situado en las montañas de San Gabriel, a ochenta kilómetros de Los Ángeles, cuando se reencontró casualmente con Leonard en casa de Morton Breier, autor del libro *Masks, Mandalas And Meditation (Máscaras, mandalas y meditación)*, donde Sanfield estaba alojado aquellos días. Steve le habló a su amigo de su maestro Roshi y de la enorme influencia que había ejercido en su vida, a lo que Leonard le dijo: «Tengo algo que contarte», y le narró una larga versión de la historia de Sabbatai Sevi, «el falso Mesías que, después de haber sido ordenado *jajam*, consiguió que todos sus seguidores le entregaran sus bienes materiales, ya que los bienes terrenales no eran necesarios, pero, poco después, abandonó a sus discípulos para convertirse al islam por amor a una mujer».

Steve lo explicaba así: «Entonces yo le pregunté a Leonard: “¿Por qué me cuentas esto?”, y él me dijo: “Creía que tenías que saberlo. Siempre he desconfiado de los santones carismáticos. Creo que es muy peligroso colgarte de esos tíos. La mayoría solo son ‘cazadores de cabezas’. Saben hacerlo. No se trata del contenido de su discurso, sino de su habilidad para atraer a la gente que los rodea. Ese es su espectáculo: te hacen creer que te está pasando algo importante y te enganchas. Siempre he desconfiado de ellos, porque yo también lo he hecho a mi manera. Sé que puede hacerse, es un don, como la hipnosis. Yo era un gran hipnotizador de joven. [En su adolescencia, Leonard había hipnotizado a la

criada de su casa familiar en Montreal, haciendo que se desnudara. El pasaje de esta anécdota está descrito en su novela de ficción autobiográfica *The Favourite Game* (*El juego favorito*), publicada en 1963.] Pero esa habilidad no significa necesariamente que te importen las personas, no demuestra ningún sentido caritativo, solo representa el ejercicio de un don que utilizas para tus propios intereses mezquinos”. Supongo que Leonard me dijo todo eso porque yo me había deshecho en elogios con Roshi», concluía Steve.

A pesar de la intensa relación personal que Sanfield mantenía con su maestro, un tiempo después del encuentro de los dos amigos en Nueva York, Roshi expulsó a Steve del *shanga* porque se había enamorado de la esposa de otro estudiante. Sin embargo, al cabo de unos meses, cuando la pareja estaba esperando un hijo, Roshi les dijo que volvieran y que él mismo los casaría en el recién inaugurado centro zen de Cimarron en Los Ángeles. Entonces Sanfield escribió una carta a Leonard, que estaba en Nashville, pidiéndole que fuera su padrino de boda. No hubo respuesta, pero cuando Steve y su pareja, Sarah, llegaron al centro de Cimarron, Leonard estaba esperándolos. Durante la ceremonia matrimonial se leyó el decálogo del zen, que incluía preceptos como «no matarás, no mentarás, no tendrás relaciones sexuales incorrectas, no tendrás excesos de ira», pero después del quinto precepto, que hacía referencia a «no tener tratos con la embriaguez», los monjes sacaron el sake y empezaron a beber. Con esta ambigua nota, Cohen se sintió atrapado por el zen. Además, se había sentido fascinado por las antiguas maneras japonesas en que los hombres se encontraban y «se hacían mutuas reverencias durante media hora pronunciando palabras de saludo, acercándose gradualmente uno a otro, sabedores de la necesidad de entrar en la conciencia del otro con cuidado», explicaba.

Joshu Sasaki Roshi, nacido el 1 de abril 1907 en el seno de una familia agrícola establecida cerca de Sendai, ciudad perteneciente a la prefectura de Miyagi, había vivido cuarenta y un años como monje en Japón, quince de ellos en calidad de *roshi* (maestro), y en 1962 llegó a Estados Unidos para establecer una «rama militarista» del zen conocida como Rinzai, enmarcada en el budismo más puro. Empezó con un pequeño centro de meditación en Gardena, después en Cimarron, y, en 1969, abrió el Mount Baldy Zen Center.

Sasaki había sido ordenado monje a los trece años bajo la autoridad de Joten Soko Miura. Poco después, siguió a su maestro hasta Myoshin-ji, el templo más importante de la rama Rinzai, donde fue ordenado *osho* (sacerdote) con el nombre de Kyozan (que significa «montaña de albaricoques»). En 1947 fue nombrado *roshi*, se trasladó a Kotoku-in en calidad de abad y, en 1953, a Shoju-an. Finalmente, en 1962, a petición de Daiko Furukawa, que había sucedido a Joten Soko como cabeza del templo Myōshin-ji, viajó a Estados Unidos, donde permanecería hasta su fallecimiento, que se produjo en el hospital Cedars Sinai de Los Ángeles el 27 de julio de 2014 a los 107 años de edad. Enfermo de neumonía, había renunciado a su cometido como abad en Mount Baldy en 2012 después de haber ordenado monjes a veinte estudiantes.